



Fillieule, O. y D. Tartakowsky (2015): *La manifestación, cuando la acción colectiva toma las calles*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 224 pp.

Olivier Fillieule y Danielle Tartakowsky, académicos franceses¹ que se especializan en la investigación de los movimientos sociales, nos presentan en su obra *La manifestación, cuando la acción colectiva toma las calles* (2015) la disección de un tipo particular de repertorio de la acción colectiva, o como lo definiría Charles Tilly, de “actuaciones políticas” (1995). Las *manifestaciones* públicas se explican como formas de *participar* y *hacer* política, emergentes de las transformaciones sociales, culturales y económicas de las sociedades modernas. El libro se conforma por una introducción seguida por cinco (5) capítulos y una conclusión (se adjunta un anexo con cuadros de datos). A lo largo del texto desarrollarán un ejercicio de fundamentación teórica que se sustenta en material empírico de fuentes propias o de terceros. Bajo precauciones metodológicas explícitas, los datos provenientes de encuestas de opinión, series de eventos de protestas y encuestas individuales en concentraciones masivas se articulan con el análisis sociológico e histórico de carácter *procesual* que se hace de los acontecimientos manifestantes.

Dentro del campo de estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva, los autores son herederos tanto de tradiciones clásicas como de nuevas estrategias analíticas. James M. Jasper en su crítica post-estructuralista a los paradigmas clásicos indica que surge una nueva corriente dentro de la academia francesa que “pone el énfasis en lo cultural, lo estratégico y, en gran medida, en lo microsocioal” (2012: 30). De la mano de Fillieule, el libro que analizamos pertenece a esta vertiente que invoca los sentidos del sujeto como parte fundamental del análisis, a través de la implementación de estrategias mixtas de recolección de datos que indagan en las motivaciones que movilizan el compromiso individual en la participación política (Fillieule, 2012: 202-203). Aun así, no reniegan de autores clásicos. Tilly permanece fundamentalmente en la definición del objeto: la manifestación se comprende como una forma compleja de acción que posee “su propia historia a través de innovaciones y convenios acumulativos durante el

¹ Olivier Fillieule se desempeña como *senior researcher* en el *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS) de Francia (asociado al CESSP-Paris 1) y como profesor de sociología política en el *Institut d'études politiques, historiques et internationales* de la Universidad de Lausanne (UNIL-IEPI). Su trabajo aborda el estudio de los movimientos sociales, puntualmente la manifestación y la militancia individual a partir de estrategias metodológicas como estudios comparados y diseños multi-método. Danielle Tartakowsky es presidenta provisoria de la *Université Paris 8 Vincennes-Saint-Denis*, especialista en historia social y política de Francia en el siglo XX, al igual que Fillieule analiza en su trayectoria los movimientos sociales.

transcurso de luchas con las autoridades, con sus rivales y con sus enemigos” (Tilly, 1995: 21).

Como punto de partida, definen a las manifestaciones por cuatro características: la *ocupación* momentánea de lugares físicos abiertos; la *expresividad* de la protesta desde la presentación explícita de demandas sociales; la constitución de *grupidades* como elemento distintivo frente a la acción individual; y la naturaleza *política* de la demostración: la manifestación conlleva presentar reivindicaciones políticas o sociales. El “momento manifestante” se concibe como una interacción entre los propios participantes y el público al que se dirige (políticos, patrones, medios de comunicación, ciudadanía en general), interacción que se encuentra regulada por la fuerza pública y que tiene como fin hacerse conocer y convencer. La práctica de la manifestación forma parte de una *fijación relativa* dentro de la lucha política: posee reglas de juego (implícitas y explícitas) y una historia particular, enmarcadas en una cultura general de la protesta.

En el capítulo uno, denominado “La afirmación de un nuevo repertorio de acción”, los autores exploran el contexto histórico de surgimiento y consolidación de la manifestación. Reconocen que existe una continuidad con los “movimientos callejeros” y cortejos pacíficos del Antiguo Régimen. Retoman para sí la *forma* de antiguas celebraciones públicas como coronaciones, festejos y marchas de trabajadores, destacando que “lo que cambia no es la forma de las protestas, sino su sentido e interpretación, los cuales (...) contribuyen a transformar la morfología de esas protestas” (Fillieule y Tartakowsky, 2015: 45). Con marcadas diferencias regionales y temporales, el surgimiento de una esfera pública de debate y la consolidación de las democracias parlamentarias permiten que la manifestación callejera se autonomice y se afirme como una modalidad válida de acción.

En “¿Hacia un democracia de la protesta?”, capítulo dos, se examinan las consecuencias de su legitimación en las democracias contemporáneas. En primer lugar, se reconoce que las movilizaciones no son pensadas por los gobiernos como crisis políticas abiertas, sino que se imponen como una suerte de referéndum de iniciativa popular extra-parlamentario. Recurriendo al análisis de encuestas de opinión afirman que la manifestación se encuentra normalizada como repertorio, consolidándose en las nuevas generaciones y siendo transversal su legitimidad a todo el arco ideológico (derecha e izquierda).

El capítulo tres: “Partir de los acontecimientos” tiene como objetivo estudiar el proceso social desde el acontecimiento mismo, resituando los comportamientos en su contexto. Como recurso empírico utilizan los *protest events analysis*, series estadísticas de protestas en un tiempo y lugar dado. Identifican que a la par de un aumento global en cantidad, la manifestación contemporánea se consolida como un recurso directo de interpelación a los responsables políticos. Además, se da un crecimiento de la circulación transnacional de los modos de acción, donde la mundialización de la movilización se define por una “globalización del rechazo” y alianzas definidas por adversarios comunes. También se advierte un relativo descenso de los episodios violentos en las marchas en los últimos treinta años, aunque la violencia perdura aún como un horizonte posible. A partir del recurso teórico de las “interacciones estratégicas” la determinación de eventuales choques y enfrentamientos estará presente en la lógica de la relación entre manifestantes, fuerzas del orden y dirigentes.

“¿Qué motiva a los manifestantes?” (capítulo cuatro) indaga, a partir de un enfoque “ecológico” o *dramatúrgico*, los efectos que causa en el individuo su participación. Lo que motive a los individuos estará relacionado con tres (3) hipótesis: las manifestaciones serían ocasiones de construcción o afianzamiento de la *solidaridad* de los grupos y su identidad; o podrían ser rituales de protesta que contribuyen a la construcción de la *adhesión* y la unanimidad; y finalmente se plantea que habría un efecto *socializador* de la práctica manifestante. Con respecto a la estructura y la dinámica de los eventos, destacan que “habría que prestar atención a la manera en que las conductas observables en las manifestaciones se instituyen históricamente”, considerando que “las normas sociales que se despliegan en ellas han sido y son objeto de elaboraciones progresivas, múltiples y en competencias entre sí” (Fillieule y Tartakowsky, 2015: 118). Recurren a las INSURA (Individual Surveys in Rallies) como recurso empírico para destacar que los manifestantes se movilizan a partir de redes de relaciones y concluyen que los organizadores de una acción pública activan un *registro emocional controlado* que produce efectos duraderos en los participantes: formación, identidad y socialización militante.

Por último, en “La manifestación en el espacio público” indican que lo que está en juego ante la consecución de un hecho manifestante es la expresión de una opinión ante públicos cuya atención se intenta concitar. Trasciende como el medio privilegiado por el que los emprendimientos de movimientos sociales intentan forzar la entrada a la *arena de los conflictos sociales*, arena que sirve como un “espacio de apelación”. La acción de protesta constituye un medio para forzar a las instancias institucionales políticas a abrirse a la discusión, posibilitando la “inclusión en la agenda”. Aunque los mecanismos de visibilización mediática no funcionan de igual manera para todos los movimientos sociales, dinámicas de insensibilidad, banalización, desinterés y crítica sesgada preñan la relación entre los medios de comunicación y los movilizandos.

A modo de conclusión, los autores recurren a las concentraciones y acampes de la “Primavera Árabe” para poner en práctica nociones claves de su teoría. Subrayan el uso estratégico y táctico de los acampes, los efectos morales, re-afirmativos y socializadores que producen. Interesa retomar la idea que proponen acerca de la “liberalización de la palabra política” mediante los hechos manifestantes en un contexto de “fluidez política”. Para Fillieule y Tartakowsky, durante la coyuntura de la “Primavera Árabe” o la ocupación de plazas públicas por parte de los “Indignados”, los individuos participan de prácticas de protesta en donde circula una fuerte carga simbólica-política junto a vivencias propias de la convivencia en comunidad. En contextos de represión, un campamento en una plaza pública funciona como un paréntesis a la opresión: un lugar que permite el ejercicio de discusiones democráticas y solidaridad grupal. Queda considerar sobre este último argumento, a modo de balance, que se pueden presentar *efectos no esperados* del ejercicio rutinario de protestas en la esfera pública. Como explica Delgado Ruiz, el fenómeno puede ser considerado como un “modo de refugio provisional”, derivando en una “nueva política al margen de la política”, o, en otras palabras, “una victoria momentánea de la realidad como construcción interpersonal sobre lo real como experiencia objetiva del mundo. Un sueño del que tarde o temprano se acaba despertando” (Delgado Ruiz, 2013: 55).

Bibliografía

- Delgado Ruiz, M. (2013): “Espacio público: discurso y acción. El papel de la calle en las movilizaciones sociales a principios del siglo XXI”, *Zainak*, 36, pp. 37-60.
- Fillieule, O. (2012): “Propuestas para un análisis procesual del compromiso individual”, *Intersticios*, 9(2), pp. 197-212.
- Fillieule, O. y D. Tartakowsky (2015): *La manifestación, cuando la acción colectiva toma las calles*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 224 pp.
- Jasper, J. M. (2012): “¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas”, *Sociológica* 27(75), pp. 7-48.
- Tilly, Ch. (1995): “Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas”, *Sociológica* 10(28), pp. 13-36.

Gonzalo Jesús Lohiol
Licenciatura en Sociología
Universidad Nacional de Mar del Plata
G.Jesus.Lohiol@gmail.com